

SIXTO GARCÍA

REFLEXIÓN DEL EVANGELIO

SÁBADO VI PASCUA: JUAN 16: 23b-28

EL TEXTO

“En verdad, en verdad les digo que el Padre les concederá lo que pidáis en mi nombre. Hasta ahora nada le han pedido en mi nombre. Pidan y recibirán para que vuestro gozo sea perfecto. Les he dicho todo esto en parábolas. Pero se acerca la hora en que ya no les hablaré en parábolas, sino con toda claridad les hablaré acerca del Padre. Aquel día pedirán en mi nombre y no les digo que yo rogaré al Padre por ustedes, pues el Padre mismo los quiere, porque ustedes me quieren a mí y creen que salí de Dios. Salí del Padre y he venido al mundo; ahora dejo otra vez el mundo y me voy donde el Padre”

EL “CONTEXTO DEL TEXTO”

1) El comienzo del evangelio de hoy parece, a primera vista, un contraste con el texto de Juan 16: 23^a: “Aquel día no preguntarán nada” – Al comienzo de la narrativa de hoy, nos topamos con “En verdad, en verdad les digo que el Padre les concederá lo que pidan en mi nombre”

2) La respuesta a este pequeño enigma nos la da la mención de “aquel día” – en el contexto del Cuarto Evangelio, apunta al día del regreso de Jesús con el Padre (Juan 14: 2-3), la “visita,” la “parusía” – En la consumación de los tiempos, los discípulos, embargados y plenos de la gracia del Resucitado, comprenderán lo que Jesús les ha estado diciendo - ¡comprenderán el sentido de su persona misma!

3) Pero todavía están situados, como hemos señalado en las Reflexiones anteriores, “entre los dos tiempos,” el de la partida de Jesús, y el de su regreso con el Padre “para morar con ellos” (Juan 14: 2-3).

4) La fe de los discípulos todavía adolece de fragilidad, de miopía, de miedo – solamente pueden aceptar “la primera mitad de la ecuación Cristológica; Jesús ha venido de parte de Dios (como dice el final de este texto)” (Francis Moloney) - Pero todavía la manera de la partida de Jesús, la definición de la “hora” como el momento de la entrega definitiva, apasionada, vulnerable y riesgosa de Jesús, como la revelación definitiva y la glorificación del Padre – eso todavía no lo entienden – no lo quieren entender (Moloney) - Todavía no entienden, ni entenderán hasta que el Resucitado se manifieste en su

plenitud, hasta la convulsión subversiva ante las heridas de Jesús, vencedor de la muerte.

5) Pero ahora el Hijo regresa al Padre (vss. 25-28): La imagen de la mujer próxima a dar a luz en el evangelio de ayer se abre a la promesa de Jesús que, de ahora en adelante, al acercarse su “hora,” ya no les hablará en imágenes (“paroimia,” lo más cercano que el evangelio de Juan se aproxima a la idea de “parábola”) – en un típico juego de palabras joánico, ahora les hablará no en “paroimia” sino en “parresia,” - abiertamente, sin confusiones, con audacia.

6) La razón de esta “parresia,” superando el modo de hablar anterior, es que, en la “hora” de Jesús, culminará su misión - ¡la revelación plena del Padre, de cómo y qué cosa es Dios! (Michael Buckley) - ¡La gloria de Dios se hará resplandor luminoso en, y por la muerte de Jesús en la cruz! (Juan 11: 4; 12: 23, 32-33; 13: 31, 31-32).

7) La “hora” de Jesús, marcando esta revelación pública de la gloria del Padre, señalará no solamente un cambio en la forma Jesús se hace presente a los discípulos, sino un cambio radical de la presencia de los discípulos al Padre – los discípulos ahora participarán de una unión tan íntima con Jesús, que en Jesús, y por la oración en su nombre, se forjará una unión íntima estrecha con el Padre - la intercesión de Jesús llega ahora a su momento decisivo - Ahora los discípulos, en su participación definitivamente íntima, estrecha con Jesús, pueden hablar directamente con el Padre.

8) “Pedir en mi nombre,” en la místicamente poética retórica del Cuarto Evangelio, presupone la comunión apasionada, vulnerable y riesgosa con el Crucificado (¡la “hora” se aproxima!) y Resucitado (la “hora” es glorificación, nos comunica la presencia del Paráclito – Juan 14: 26; 15; 26) – y es el Paráclito, el “Espíritu de la verdad” el que actualiza la presencia de Jesús en el “entretiempos,” entre el “aquí y ahora,” y el “no todavía” – Dada la bien conocida dimensión del “nombre” como definición y revelación de la persona que lo ostenta, “pedir en nombre de Jesús” es pedir en comunión radicalmente íntima con el Hijo.

9) Podemos discernir, sin temor de plantear dependencias literarias o teológicas de Juan con la Cristología de Pablo, que en la ya más desarrollada teología del tardío siglo I o temprano siglo II, la idea de “adopción en el Espíritu,” sugerida por Pablo (Gálatas 4: 4-6); Romanos 8: 15) se ha desarrollado como una visión de la participación íntima con Jesús que nos permite participar de la realidad de Dios – Partiendo de 2 Pedro 1: 4, los Padres del siglo IV en adelante desarrollaron la asombrosa y decisiva idea de la “teosis,” o “teopoesis,” el “hacernos Dios por participación” – así, San Gregorio Nazianzeno, San Atanasio, San Agustín, San Máximo el Confesor, y

en la tradición mística posterior, San Juan de la Cruz (“Cántico Espiritual,” XXXIX, 3-6)

¿QUÉ NOS DICE TODO ESTO A NOSOTROS, HOY?

1) Aquellos que hemos cursado estudios, y/o hemos enseñado en instituciones académicas, conocemos bien – demasiado bien, y demasiado de cerca – los problemas, angustias y ansiedades del “hablar con claridad” – exigencia legítima, muchas veces, y en otras, usada como un escape para sublimar mediocridad o incompetencia académica -

2) La fe culpablemente miope de los discípulos (Rudolf Schnackenburg, Raymond Brown) ya ha perdido su última excusa – la de no entender el discurso “en figuras” (“paroimia”) de Jesús - Ahora, ante la aproximación de la “hora,” cuya sombra de persecución y muerte se cierne sobre él, Jesús les habla con claridad, con audacia (“parresía”)

3) La cruz es la “hora” de “gloria” (“doxa”), de la “glorificación” (“doxazo”) de Jesús, cuya misión es revelar y glorificar al Padre – Y, con toda claridad, con “parresia,” Jesús ilumina los sitios privilegiados donde su palabra se hace “carne” (“sarx”), humanidad vulnerable – La Palabra de “parresia,” de osadía definitiva, apasionada y riesgosa, se hace visible en aquellos que todavía penden de sus cruces, que todavía sufren humillación y persecución, por las fuerzas del “Príncipe de este mundo” (Juan 14: 30; 16: 11), es decir, por todos esos espacios, de derecha o de izquierda, que rehúsan escuchar las palabras proféticas y peligrosas que Jesús nos habla.

4) Hablar al Padre “en nombre de Jesús,” pidiéndole que nos envíe el Espíritu Santo, para que encienda la llama ardiente de una pasión por la justicia, la misericordia, el perdón, presupone la aventura más riesgosa que podemos emprender: una comunión más íntima con Jesús que con nosotros mismos, donde su presencia se convierte en dinámica vital (Gálatas 2: 20: “Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí”), que define nuestro peregrinar en esta tierra, una comunión que constituye, por un lado, lo más gozoso y liberador que podemos experimentar, pero por otro, sin lugar a dubitación alguna, nos acarrea persecuciones (“Gaudete et Exsultate,” 92) y ridículo (GE 94)

5) “Pedir en nombre de Jesús,” en la comunión cuya intimidad es definida por la “hora” de Jesús, ¡es abrazar las periferias! “Dios no tiene miedo a la periferia.” Dios se ha hecho periferia” (GE 135) – ¡Ahí, y solamente ahí, “podemos pedirle al Padre en nombre de Jesús!